

dos, la casa de los anchos claustros en que temblaba una fresca sombra; y allí, los que se refugiaban en su quietud, conversaban en voz baja, murmuraban oraciones benévolas y leían y trascribían a Platón, a Aristóteles, a Virgilio.

En esa niebla negra y en ese mutismo de la tierra susurraban con la entonación de sus plegarias los versos placenteros y descifraban la filosofía de los maestros antiguos. ¿Se debe a ese paciente discípulo de las musas olvidadas, que paseaba con su paso lento y apacible por el claustro, el magno suceso de que el hombre haya vuelto a comprender el mapamundi o sea la historia de sus hermanos? No lo sé. Creo, en cambio, que en esta mutación

en que vivimos, en esta última crispación del mapamundi, será menester que volvamos a los poetas y a los filósofos que se salvaron en los conventos de la edad oscurecida. Volvamos a Platón, volvamos a Virgilio. Volvamos a la sabiduría que está encerrada en el sigilo que rodea a las cosas perpetuamente bellas, no de espaldas hacia lo que ha de venir, y quizá nos toque la hora en que el silencio riesgadamente cargado se rompa y retornemos a la plácida luz que nos permitirá recorrer sin pena y sin temor las escamas teñidas de sangre que cubren la extensión del triste globo en que los pueblos se convulsionan en su infinita pesadilla.

Alberto GERCHUNOFF.

Honduras en el Arte

(En el Rep. Amer.)

Hace 1600 años hubo en América un pueblo de artistas y artesanos que conocían admirablemente su oficio y trabajaban sin pensar en el tiempo ni en la gloria; pero se entregaban a la tarea con todo el amor de sus manos mortales y la devoción religiosa más pura. Vivían en un mundo de milagro, en el "tiempo sin tiempo", más allá del mundo de la velocidad y de la máquina. Cada piedra que labraban era un exvoto. Las estatuas, los cántaros y las telas que salían de sus talleres eran la diáfana expresión de su sueño. No se sabe aún de dónde vinieron y por qué se dispersaron a fines del siglo X. Labraron el jade con pericia singular, pulieron el basalto y lo cubrieron con imágenes que aún sonríen; oyeron la música interior de las constelaciones que brillaba al unísono en el cielo y en sus almas; cultivaron el maíz y conocían el acero; y si es verdad que no domesticaron la electricidad ni los animales, ni utilizaron el hierro, nos dejaron una arquitectura prodigiosa, una escultura realista y una pintura en la que todavía aprende la pintura de nuestro tiempo. No comían carne humana como los indios que aparecieron después y que eran más civilizados; pero hablaron un lenguaje de sabiduría cuyos secretos no han podido ser descifrados enteramente por los sabios de hoy. Practicaron muchos de los conceptos morales que los españoles trajeron al descubrir América; jugaban con la pelota, se bañaban al aire libre con la inocencia de los pájaros, llevaban la cuenta de sus hechos históricos y en la danza encontraron una de las expresiones de la vida. Sus artes industriales ofrecen vivos testimonios en los museos y en las páginas de muchos libros; creían que llevaban en su sangre la del venado y el colibrí, el jaguar y el quetzal.

Tales indios eran los mayas del llamado Antiguo Imperio y la gran mayoría de ellos residía en un ángulo de Honduras. Su metrón-

poli se llamaba Copán, una palabra ondulante y espléndida, como casi todas las de su geografía. El quetzal, el pájaro que más resplandece en la Ornitología, era su símbolo predilecto, pues le dieron rango de príncipe con el pecho bañado de sangre, un penacho que parece de pedrería y un vestido que no podrían tener, a pesar de sus millones, las artistas más lujosas. El quetzal se injertó en la serpiente, y de ambos surgió la más encantadora esfinge de la América Antigua, que lleva el nombre de Quetzalcoatl, en náhuatl o de Kukulkrán en maya (kan, serpiente; ku, pájaro). Un pájaro que es el tesoro preciado de aquella mitología y que nada envidia al ave del paraíso o al simurgo persa; un pájaro que es un poema suspendido en el aire. Quetzalcoatl lleva en su pecho el joyel del viento; y los mayas de Copán le pusieron en la diestra una antorcha.

Cuando el viajero visita Copán lo primero que admira, sin necesidad de ser arqueólogo, son las estatuas que, con el nombre de "estelas", desafían con su sereno rostro y su indumentaria suntuosa a la lluvia, la intemperie y la eternidad. Aquel fué un pueblo de grandes escultores, que acaso traía desde su país de origen la experiencia acendrada que le permitió manejar ideas e imaginaciones, valiéndose de instrumentos cincelados en las más duras piedras, y podían manejar sin grúas los vastos bloques de basalto. Las estelas de Copán dominan un paisaje rodeado de montañas y están revestidas de palabras y de números que todavía no tienen intérprete. Los rostros de esas criaturas eternas tienen la misteriosa sonrisa oriental del millón y medio de mayas de hoy. Esos dioses y esos hombres vivieron en una fiesta de policromía que se ha desvanecido lentamente.

Y en el barro pusieron figuras y grecas que están siendo resucitadas por los arqueólogos. Era la suya una cerámica enriquecida por los animales que hablan un lenguaje esotérico en las páginas del Popol-Vuh, su Biblia. Y también tuvieron artífices que manejaron con suma gracia el oro, el jade y las plumas del guacamayo y el quetzal para los penachos de los sacerdotes y los guerreros. Desde Stephens y Catherwood hasta Maudslay y Morley, todos los americanistas han recibido de aquella cultura emociones y lecciones innumerables; una cultura que permite exclamar, como José Enrique Rodó delante de los dioses de la antigüedad greco-romana: "¡Y bien, formas divinas...!"

Una nueva cultura apareció en América

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

del

BANCO ANGLO COSTARRICENSE

(el más antiguo del país)
está a la orden para que usted realice este sano propósito

AHORRAR

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

CITAS EN EL TEL. 4328.

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopia

después de 1502, cuando Colón vió por vez primera en Honduras la Tierra Firme. Quetzalcoatl, señor del viento y de la luz, huyó como demonio, otros artistas levantaron otra ciase de templos; y el oro volvió a resplandecer en los altares y las coronas de los santos. Pero en Honduras nada queda como rastro del arte del siglo XVI, en el que surgieron las nuevas ciudades. A pesar de su posición geográfica no fué posible que tuviera caminos, ni que su población aumentara, ni su economía permitiese mejorar el nivel de la vida humana. A través de Cuba y de Guatemala recibía de vez en cuando las influencias artísticas que en México y el Perú abrieron el paso a los constructores de palacios y de catedrales.

Fuó en los siglos XVII y XVIII cuando se alzaron el famoso Castillo de Omoa, concluído en 1775, que aún se yergue frente al mar en que merodearon los piratas y que compite con cualesquiera de los que dejó aquella arquitectura militar; la Catedral de Comayagua (1678-97) en cuya fachada se advierte "una lejana influencia de la sensibilidad india" y "los capiteles con sus volutas jónicas ofrecen una interesante variación local del barroco". Esa Catedral, lo mismo que la de Tegucigalpa, (1675-82), la capital actual, puede clasificarse como los otros templos de Honduras, dentro del llamado "estilo andino", según Manuel Toussaint; pudiendo advertirse el ornamento floral de la primera y algo del "barroco madrileño" en la segunda, así como el mudéjar del siglo XVIII.

Dos artistas son mencionados al hablarse de la Catedral de San Miguel de Tegucigalpa:

Si quiere suscribirse al
"Repertorio Americano"

diríjase a

F. W. FAXON C^o

Subscription Agents

83-91 Francis Str.
Back Bay

Boston, Mas. U. S. A.